



EDITORIAL

Se acercan las elecciones: «De este modo un puñado de ciudadanos medianamente cultos, vulgarotes las más de las veces, alcanza la gracia de la suprema sabiduría»... «así es como se genera el poder omnipotente, el derecho divino de los parlamentarios», escribió Ricardo Mella.

¿Cómo es posible tanto primitivismo, cómo es posible que se invoque un «panfleto» anarquista en una revista que pretende ser seria y rigurosa?, se puede preguntar.

«—¿Es usted republicano?

—...

—¿Entonces es usted demócrata?

—...

—¡Vaya! ¿No será usted monárquico?

—...

—¿Constitucionalista?

—...

—¿Aristócrata entonces?

—...

—Ah, ¿luego gobierno mixto?

—No. Soy anarquista».

¡Usted es un cretino!, hubiera contestado el interlocutor de Proudhon si el diálogo anterior se hubiera producido en nuestros días.

¿Alguien duda, todavía, que la democracia es «el menos malo de todos los sistemas»? ¡Dios nos libre! Pero, si se nos permite, quisiéramos decir que si por democracia entendemos «Gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo» ni el más elemental de los anarquistas aborrece de ella. El problema se presenta a la hora de articular ese gobierno, cuando no se quiere que sea un eufemismo.



Si la democracia fuese sólo un procedimiento para elegir al jefe, entonces peor aún que ser esclavizado parecería reclamar de los hombres que disfruten escogiendo a quienes les han de mandar.

Sólo un modelo democrático en el que el votante tome decisiones políticas y con ellas elija a aquellos que habrán de cumplirlas puede permitir el autogobierno del pueblo.

El primero de los modelos fomenta la apatía, partiendo del supuesto de que en unas sociedades tan complejas como las nuestras sólo una pandilla de técnicos listos puede librarnos del caos.

El segundo de los modelos reclama una pasta nueva de hombre, que permita gozar en la tarea común. No propugna lo irrealizable, se propone escapar del lugar común, del tópico. No espera un paraíso, reclama condiciones para ajustar progresivamente lo real a las exigencias de la racionalidad humana.

La democracia como procedimiento es de suyo inmoral, pues reduce al ciudadano al ámbito de «lo privado». Sólo un modelo de democracia participativa, que reconozca en la libertad del otro la condición de la propia, puede estar en condiciones de crear una sociedad más justa; aunque por sí solo un sistema más participativo no baste para eliminar desigualdades...

En nuestra democracia, ¿se presenta a las elecciones alguna opción transformadora que vaya en la dirección indicada? Si se presenta esa opción electoral, quizá a ella deban sumarse y en ella deban organizarse quienes consideren que las tareas comunes, por definición, a todos atañen. Si no la hay, abstenerse en las elecciones o votar en blanco ¿tiene algún sentido que no sea estético, sin la búsqueda de esa organización que ponga su esfuerzo en la construcción de una «democracia de base»? ¿Es razonable votar a partidos que propugnan lo que uno no quiere?

Si la democracia no se hace participativa tiene sus días contados, y sin una educación para la democracia poco podrá hacerse.